

15° Simposio del centro de investigación en psicoanálisis y medicina  
Psicosomática

---

13 y 14 de enero de 1984

Dorrit Adamo

Algunas reflexiones acerca del volar

Saeta que voladora  
cruza arrojada al azar,  
y que no se sabe dónde  
tamblando se clavará;  
... ()...  
ese soy yo, que al acaso  
cruzo el mundo, sin pensar  
de dónde vengo, ni adónde  
mis pasos me llevarán.  
(Béquer, 1868).

En un trabajo anterior nos ocupamos del miedo de volar y lo relacionamos con niveles embrionarios y fetales. Sostuvimos en aquella oportunidad, que el que teme volar, teme el “desastre mortal de la caída”. Lo entendimos como un miedo muy primitivo, relacionado con determinadas situaciones de inermidad y vulnerabilidad que puede atravesar el feto durante su situación intrauterina. Pensamos que el terror a la caída podría quedar representado por el terror de “abortar antes de estar completo el viaje”, es decir, a un desprendimiento prematuro de la madre, que llevaría a la destrucción total del sujeto (Adamo, 1982).

Con respecto al temor a la caída, Fenichel nos dice que éste se origina en el intento de combatir las sensaciones placenteras vinculadas al erotismo del equilibrio, que al haber sido bloqueadas en su curso natural, han adquirido un carácter doloroso y atemorizante. Estas sensaciones desempeñan un papel importante como fuente de excitación sexual, tanto en los niños como en los adultos. Para Fenichel las experiencias de ciertas “misteriosas sensaciones de equilibrio” están relacionadas con la observación de la escena primaria y son específicas de una situación de verse arrollado por la excitación, que excede la capacidad de control del sujeto. En el momento de dormirse, antes de perder la conciencia, se experimentan regresivamente sensaciones del yo de tipo arcaico que son vivenciadas fundamentalmente como sensaciones de equilibrio y de espacio. (Fenichel, 1966).

Sabemos que lo que se teme es aquello que inconcientemente se desea. El miedo de volar, cuya mejor representación se la arrojaría el miedo a la caída, sería entonces el temor de abandonarse al placer producido por las sensaciones de equilibrio y de espacio. Estas a su vez se relacionarían con la observación de la escena primaria y con sensaciones del yo de tipo arcaico, que podrían entenderse como pertenecientes a la vida fetal o embrionaria.

También Chiozza se refiere a la vida fetal cuando nos dice que el vértigo, que etimológicamente significa “movimiento rotatorio”, consiste en que las cosas dan vueltas alrededor y que está relacionado con el mareo y la náusea. Agrega que “podemos también sospechar que la ‘mala relación’ con el espacio queda vinculada a la vida fetal y sus ‘cambios de posición’ a su ‘flotar’”. (Chiozza, 1969).

Aparecen también referencias al equilibrio en la definición de la palabra caer: “es perder un cuerpo el equilibrio hasta dar en tierra o cosa firme que lo detenga”. También es “ir a parar a diferente parte de aquella que uno se propuso al principio” o “desprenderse una cosa del lugar u objeto al que estaba adherida” (Real Academia Española, 1970). Deriva del latín “cadere” y está relacionado con “acaecer, decaer” y también con “accidente”, que a su vez significa “caer encima, suceder” (Corominas, 1973).

Resulta asimismo interesante que la palabra alemana “Samen” (que es semilla o semen) pertenece a la raíz indogermánica se-i, y significa “dejar caer” y también “lanzar, arrojar, arremeter”, así como “proyectil y flecha” (Duden, 1963). Por otra parte, Corominas expresa que sembrar (semilla, semen) se relaciona con direminar, que quiere decir “sembrar al vuelo, esparcir” (Corominas, 1973).

Podríamos decir que la semilla (o semen) es arrojada al espacio y sembrada “al vuelo”; que “perderá el equilibrio” y que no sabrá si “caerá bien o mal” o si el viento la llevará a diferente parte de aquella que estaba propuesta al principio. Únicamente cayendo sobre la tierra (útero) fértil podrá continuar su desarrollo, cumpliendo con el proyecto de crecimiento que la habita. Si tenemos en cuenta que la semilla es portadora de vida, nos parecen significativas las palabras de Ortega: “Nuestra vida es algo que va lanzado por el ámbito de la existencia, es un proyectil, sólo que este proyectil es, a la vez, quien tiene que elegir su blanco. Nuestra vida va puesta por nosotros a una u otra meta”. (Ortega y Gasset, 1929)

Volviendo sobre el tema del vuelo, citamos a Groddeck, quien dice: “El pájaro es uno de los símbolos más precisos del amor. Nunca se ha representado al amor sino con alas. Eros, nuestros ángeles, el amor es siempre alado, vuela. También esto tiene su razón. En la vida del ser humano hay un sólo momento en que éste vuela: es el momento del goce sexual supremo. Este vuelo, que coincide absolutamente siempre con el deseo del ser humano de volar, desempeña un gran papel en las leyendas: es un deseo de amor absoluto”. (Groddeck, 1916/19).

Si el volar queda asociado al amor y al goce sexual, podríamos pensar que también el orgasmo, como culminación del placer en el coito, queda asociado al vuelo.

Según Reich, el placer del orgasmo es tanto más intenso, tanto mayor, cuanto más vertical es la caída de la excitación. “La pérdida del yo en el momento culminante de la excitación sexual constituye también, normalmente, el momento culminante del placer. Algunos tipos de yo, los impotentes orgásmicamente, no experimentan este placer. Para ellos se convierte en angustia, pérdida de control del yo y sensaciones dolorosas de estrechez, de sofocación o de estallido”. (Reich, 1927)

Por otra parte, para Fenichel el temor a “morir” se ha convertido en expresión del concepto deformado que algunas personas tienen del orgasmo. La fobia a los vehículos queda relacionada con un “exceso de excitación sexual” en la infancia y en estos casos lo que se teme es la pérdida de la decisión voluntaria. Esta pérdida de control es representada por el movimiento del vehículo que escapa a la influencia del pasajero y originariamente por la creciente excitación sexual al acercarse el orgasmo. (Fenichel, 1966).

En este sentido la impotencia o el miedo al orgasmo son producto del temor a la pérdida del yo y a la pérdida de control frente a la creciente excitación sexual en el momento culminante del placer.

Deseamos recordar aquí que en alemán la palabra “vögel” (Vogel: pájaro) se utiliza para expresar en lenguaje vulgar al coito; que popularmente “el pájaro” es el pene, y que se los llama “huevos” a los testículos del hombre. Resulta interesante también que en los textos de embriología se dice que el huevo “migra” hacia el útero y que “anida” en el endometrio. No olvidemos tampoco que es un pájaro, la cigüeña, el que en la leyenda trae a los niños.

Se desprende de lo dicho que los pájaros y el volar simbolizan el coito, a los órganos genitales y a la procreación.

Podríamos decir que una persona que teme volar, teme abandonarse al goce y al placer producidos por las sensaciones de equilibrio. Teme la caída porque se siente lanzada al vacío, a merced de una excitación imposible de controlar y cuyo goce es vivido como peligroso, ya que significa la pérdida del yo y, por ende, la muerte. Pensamos que esta conflictiva quedaría representada por fantasías de una escena primaria correspondiente quizás a los momentos mismos de la fecundación.

Aizenberg dice, con respecto a la existencia embrionaria que, teniendo cuenta que la vida humana se inicie en la conjugación de las gametas (vocablo que en griego significa marido y, también, con un cambio de acento, esposa) al conjugarse en la formación del “núcleo-hijo”, los “padres-pronúcleos” desaparecen como tales, “mueren”, pero al mismo tiempo se unen en, o con, el hijo. El verdadero nacimiento, el comienzo de la vida individual, se produce por la unión del espermatozoide con el óvulo, formándose así el cigote. Ambos padres se unen indisolublemente, y para siempre, en el hijo. (Aizenberg, 1969).

Sostiene además Aizenberg, que la cópula genética representa una “escena primaria” o profantasía originaria del Complejo de Edipo. El fracaso en la elaboración de este proceso de fusión y de la posterior implantación en el útero materno, llevaría a diversos estados patológicos, como lo es, por ejemplo, la identificación observable en el yo de algunos pacientes psicóticos con un embrión abortado o amenazado de aborto. (Aizenberg, 1978).

Sabemos, por otro lado, que en la fecundación los elementos que se unen son dos células, cada una de las cuales se halla cerca de la muerte pero que, por medio de su unión, se forma un individuo rejuvenecido que constituye un eslabón en la eterna procesión de la vida. (Patten, 1956).

Podríamos pensar que un espermatozoide, producto del “pene-pájaro”, una vez lanzado y arrojado hacia el exterior en una eyaculación, “buscará el equilibrio” y “volará” hacia el óvulo que pudiera fecundar “cayendo bien” y coparticipando en la obtención de un huevo. También el óvulo “viajaría” “cayendo” en la trompa uterina, para emprender el camino hacia el espermatozoide. pAra ambas células “morirse en el viaje”, “caerse antes de llegar al destino”, es muy probable. El placer del encuentro significa la prolongación de la vida y transforma a ambas gametas en protagonistas de aquella escena primordial mencionada. En este supremo acontecimiento que es la fecundación, y que encierra el gran misterio de la vida, las gametas encontrarían su fin y también, al mismo tiempo, la posibilidad de “volver a nacer”.

En lo que respecta al proceso de gestación, nos dice Alicia Neira, que éste podría tener una relación específica con el sentimiento de trascendencia<sup>1</sup>. Sostiene la autora que la trascendencia es el sentimiento que se experimenta al traspasar una categoría para ingresar en otra más compleja y abarcativa, y que un hombre y una mujer unidos genitualmente en un coito feundante quizás estén traspasando (desbordando) los límites de la individualidad e ingresando en otro sistema (que podemos llamar pareja, familia, grupo). El hombre y la mujer en una concepción orgástica reflejarían y sentirían encarnada su trascendencia en el descendiente. (Neira, 1981).

Por otra parte, Jung nos habla de los símbolos de trascendencia y dice que éstos señalan la necesidad del hombre de liberarse de todo estado de ser que es demasiado inmaduro, fijo o definitivo, para ingresar en otra etapa superior o más madura del desarrollo y convertirse, de esta manera, en un ser verdaderamente humano y verdaderamente dueño de sí mismo. Generalmente, están relacionados con las etapas críticas de la vida, que obligan al hombre a enfrentarse con algún descubrimiento nuevo o a crear un nuevo modo de vida. Es así como un individuo, o grupos enteros de gente, pueden llegar a unir las fuerzas opuestas dentro de sí mismos y alcanzar un equilibrio en su existencia. El ave, y por ende el avión, que nos libera, al menos temporalmente de la gravedad, es uno de los símbolos más apropiados de trascendencia. Dice Jung: “En los sueños y fantasías de mucha gente moderna, los vuelos de los grandes cohetes de investigación espacial aparecen con frecuencia como simbólicas incorporaciones del siglo XX de la acuciante necesidad de liberación y desatadura que se llama trascendencia”. (Jung, 1964).

Probablemente, la unión de un espermatozoide con un óvulo, como producto de una relación amorosa entre un hombre y una mujer, se constituya en el representante por excelencia de lo que significa la aventura de la vida misma, que es fundamentalmente movimiento, cambio y proyecto. Podríamos pensar entonces que el volar, así como el amor o el orgasmo, simbolizan la vida y su trascendencia como tal. Todo ser humano recorrería la trayectoria de su vida “perdiendo y recobrando el equilibrio” una y otra vez, a cada instante, llevado “como semilla al viento”, sin conocer nunca el lugar de su destino final.

Pensamos que el miedo de volar encubriría el miedo de vivir la vida. Ocultaría la ilusión de quien se cree ser “dueño de su propio destino”, de quien vive la vida sin entregarla, como si fuera propiedad privada y la atesora mezquinamente para su propio provecho ilusorio y solitario. Se trataría de personas que, de esta manera, asisten desmoralizadas y presas de pánico al espectáculo que les ofrece la fugacidad de la vida, que se “volatiliza” a cada instante ante sus ojos, dejándolos en un vacío existencial, una vida sin sentido. Es así como se perderían el placer que produce el lanzarla hacia una meta que permite ingresar en otro orden de cosas e integrar una común-unidad que trascienda la existencia individual. Y nos viene a la memoria las palabras de Ortega: “Vivir es ir disparado hacia algo, es caminar hacia una meta. La meta no es mi caminar, no es mi vida. Es algo a que pongo ésta y que por lo mismo está fuera de ella, más allá. Si me resuelvo a andar sólo por dentro de mi vida

---

<sup>1</sup> Recordemos que trascender significa etimológicamente “rebasar subiendo”, y que está formado por la raíz scendere (bajar) y scandere (subir) y el prefijo trans, que significa “más allá de”. (Corominas, 1973).

egoístamente no avanzo, no voy a ninguna parte, doy vueltas y revueltas en un mismo lugar". (Ortega y Gasset, 1930).

## BIBLIOGRAFÍA

- ADAMO, D. (1982) "Algunas consideraciones acerca del miedo a volar". CIMP, 14° Simposio, Bs. As., 1982.
- AIZENBERG, S. (1969) "Aportes al estudio del desarrollo embrionario. Mola Hidiatiforme". CIMP, Bs. As., 1969.
- (1978) "Tres concepciones psicoanalíticas originales de Pichon-Riviere". Rev. De Psicoanálisis", tomo XXXV, no. 4, Bs. As., 1978.
- BEQUER, G. A. (1968) "Rimas". Ed. Huemul S. A., Bs. As., 1976.
- CHIOZZA, L. (1969) "Psicoanálisis de los trastornos hepáticos". Ed. Kargieman, Bs. As., 1970.
- COROMINAS, J. (1973) "Breve diccionario etimológico de la lengua castellana". Ed. Gredos, Madrid, 1973.
- DUDEN (1963) "Das Herkunftswörterbuch". Ed. Duden, Mannheim, 1963.
- GRODDECK, G. (1916-19)  
"Las primeras 32 conferencias psicoanalíticas para enfermos". Ed. Paidós, Bs. As., 1983.
- JUNG, C. G. y otros. (1964) "El hombre y sus símbolos". Ed. Aguilar, Madrid, 1979.
- NEIRA, A. De M. (1981) "Aproximación a la fantasía específica de la genitalidad femenina". CIMP, Bs. As., 1981.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1929) "Meditación del pueblo joven". Obras Completas, Alianza Ed., Madrid, 1983.
- (1930) "La rebelión de las masas". *Ibid.*
- PATTEN, B.M. (1956) "Embriología humana". Ed. Ateneo, Bs. As., 1973.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1970) "Diccionario de la Lengua Española". Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1970.
- REICH, W. (1927) "La función del orgasmo". Ed. Paidós, Bs. As., 1981.